

Joaquín Gutiérrez

El gran linaje de la obra de Durand



AMOS a recordar a un varón varonil, hijo legítimo de su pueblo, sentimental como sus tonadas, fatalista como sus consejas, jocundo como sus vinos, inquieto como sus horizontes.

Vamos a recordar un corazón tan cargado de personajes que habría necesitado vaciarlo en muchas otras novelas, pero que un día se detuvo lleno aún hasta los bordes de saludables campesinos, muchachas enamoradas, rotos patiperros, bandoleros audaces y pícaros incorregibles. Tenía ese corazón dentro tantos personajes, y eran todos tan chilenos, que bien puede decirse que cuando lo sepultaron enterraron con él toda una muchedumbre, un rincón entero de la patria.

Lo dicho ya bastaría para darle al escritor Luis Durand una estatura de privilegio. Pero aún hay más.

Estamos en América. En esta América tan paciente que todo se lo arrebatan y que hasta el nombre casi-casi se lo fueron arrebatando también, hasta obligarnos a ponerle apellido para conservarlo. Me refiero a la América Latina, a la América Negra, a la América India, o, para englobarlo todo y decirlo con mayor precisión, a Nuestra América; a esta América nuestra que debiera ser más nuestra cada día. Pues aquí, en este nuestro continente mo-

reno, ¿cuáles son las novelas que han saltado todas las líneas divisorias y andan por todas partes desde México a la Patagonia? ¿Cuáles son sino aquellas que supieron recoger de la tierra, que salieron por calles y caminos, que se volvieron espejo de nuestra realidad, que supieron amarrar sus destinos a los destinos de los pueblos, asegurándose así la perennidad? ¿Cuáles son?

Son "Doña Bárbara" y "La Vorágine", "Don Segundo Sombra" y "Martín Rivas", "Los de Abajo" y "El Mundo es Ancho y Ajeno", "Jubiabá" y "Mamita Yunai". Y También "Frontera". Y estas novelas marchan seguras porque van en brazos de sus pueblos y son los venezolanos y los chilenos y los mexicanos y los brasileños los que se encargarán de continuar con ellas siempre adelante.

En cambio, ¿quién recuerda, dónde están, qué se hicieron las otras, las que volvieron las espaldas a nuestra realidad, las que se perdieron entre la niebla, las que, persiguiendo el espejismo de lo cosmopolita cayeron en un arenal ciego y sin salida? ¿Dónde están? ¿Son acaso algo más que sombras inquietas del pasado, que flores marchitas entre las páginas de las historias literarias?

Dije que de Durand se podía decir algo más y aquí lo amarro.

El linaje de sus obras pertenece a este gran linaje: el linaje de lo veraz, de lo auténtico, de lo popular y nacional.

Durand tuvo una gran sabiduría: la de no dejarse embaucar por los señuelos del esteticismo, de los preciosismos, de la última moda snobista. Para él valía mucho más la sangre que la tinta. En sus creaciones le interesaba sobre todo conseguir que los personajes quedaran vivos, extraerlos de la más profunda y trascendente realidad nacional y llegar con ellos, vivos y palpitantes, hasta las manos del lector. Escribía en forma desmañada, pero con qué vigor, con cuánto sentido de la narración, con cuánta fuerza. Rodeado de tantas incitaciones falsas del ambiente, empujado por comentaristas empolvados con talco de arroz a no escribir sólo de rotos y de huasos, Durand fué terco e incommovible: a él que

no le vinieran con finuras, para él, escribir era contar y narrar, y contar y narrar hechos y vidas de su pueblo y de su tierra.

Profundo amor por Chile —y por América, que es un bosque que entrelaza en sus copas las ramas de nuestros veintiún árboles— tuvo este gran escritor. Un amor fuerte como una piedra, sencillo como sus personajes campesinos. Chilenazo, incorruptible a cualquier influencia bastarda so pretexto de una etiqueta de París, vigorosamente nacional, seguro de que así, al ligarse a su pueblo, se incorporaría a un torrente sanguíneo inacabable.

Cuando murió Paul Valery, escritor que podría ser llamado la antípoda de Durand, un comentarista francés escribió: "sobre la tumba de Valery ningún pueblo derramará nunca ni una sola lágrima". Juicio estremecedor por lo simple.

De Durand podría decirse todo lo contrario.

Aquí estamos, despidiéndolo una vez más. Y estamos todos. Los que representan la vida universitaria y los que vienen con la voz de los gremios de escritores; además, vosotros, sus lectores, en nombre de todo su pueblo, y, finalmente, los representantes de entidades de vinculación cultural con otros pueblos, a las que Durand perteneció. Personalmente hablo aquí en nombre del Instituto Chileno-Chino de Cultura, muy honrado con el encargo de hacerlo en esta oportunidad. Durand fué el presidente del Instituto desde su fundación y, aún más, dedicó muchos desvelos previos y muchos afanes a su constitución y florecimiento. En varias oportunidades me participó la ilusión que tenía de poder algún día ir a visitar a ese pueblo inmenso, que hoy, al ponerse de pie, impresiona como si en el mapa de Asia se hubiera incorporado un gigante que dormitaba desde hacía milenios.

Frente al hecho de que Durand laboraba con tanta generosa y consciente responsabilidad en este Instituto, así como en la Sociedad Chileno-Arabe de Cultura, brota, aparente, una paradoja. ¿Cómo, si era tan nacional, buscaba la relación y la fraternidad y el intercambio cultural de Chile con todos los pueblos del mundo?

Paradoja superficial que se deshace sola. ¿Es que acaso la personalidad vigorosa y nítida no busca verse rodeada de individualidades igualmente destacadas y poderosas? ¿Es que acaso, igual que los individuos, las naciones no deben mantener un trato social del que se benefician, y que dicho trato las alzaría a alturas cada día más dignas cuánto más vigorosas y bien constituidas estén las individualidades nacionales? La explicación filosófica del internacionalismo Durand la comprendía muy bien, si no, necesariamente, en forma racional, sí, sobradamente, en forma emocional. Para él China no estaba el otro lado de un océano que nos separaba, sino de un mar cruzado de caminos que nos unía. Para él el pueblo chino era, y debía serlo cada día en forma más entrañable, un hermano, no por distante geográficamente, menos cercano en anhelos y en esperanzas. Durand era así la casa chilena solariega, de varios patios, que recibe anchamente en su seno a todos los extranjeros sin que se desvirtúe su arquitectura ni pierde un ápice su atmósfera, sino todo lo contrario. Tenía el mismo espíritu de su pueblo que crece y se dignifica cuando ofrenda: un vaso de vino para el amigo de la China o un copihue rojo para la amiga de la Arabia.

* * *

El domingo siguiente a la muerte de Durand yo escribí, en la librería en donde trabajo y que él tanto frecuentaba, un artículo de despedida al amigo y al escritor. Lo escribí aun con la dificultad emocional de adaptarme a la idea, áspera y arisca, de su muerte. Mientras lo escribía sentía que en cualquier momento iba a empujar la puerta y entrar, moviendo a pasitos cortos su gran mole, con el bastón a la espalda, un poco encorvado y acercándose mucho para vencer su miopía.

Aquel artículo lo terminé así:

“—Bueno, don Luis, ya veo que hoy no te veré entrar en la librería. Ya es tarde. Tal vez hoy andas a caballo por los llanos del

sur, a esta hora en que las sombras comienzan a bajar lentamente de la cordillera. Tal vez mañana no vengas tampoco... Ni pasado mañana. Tal vez no te vuelva a ver nunca más. Quiero entonces decirte algo que nunca te dije y que me ha quedado remordiéndome: frente a tus obras tan chilenas, frente al amor que sentías por tu pueblo, frente a tu devoción casi fanática por defender lo propio, lo auténtico, en estos años en que las invasiones pseudo-culturales extrañas forman una marejada que muy pocos resisten, yo te tenía una cordial admiración. Nunca te lo dije porque quién iba a creer que la última vez que te vi fué el día que saliste rumbo a Quilpué, un poco sofocado con dos maletas y varios paquetes.

"—Por la rechuata —dijiste—. Si alguien me ayudara un poco.

"—Y te alejaste por la calle San Antonio, un poco encorvado, con tu bastón a la espalda, con los bolsillos llenos de libros, pañuelos y revistas, camino a tu oficio, a terminar una novela que no alcanzaste a dejar concluída.

"—Ya entonces la oruga de la muerte había terminado de hilar su capullo escondida en una de tus vísceras, pero nunca creí que después iba a poder ver, no más tu figura familiar sino tan sólo una gran mariposa negra revoloteando sobre tu nombre.

"—Por eso, don Luis, hoy quise repetir, ya no por escrito sino en alta voz, esa declaración de admiración que me quedó apretada dentro del pecho y que dejo aquí, al pie de tu nombre, en pequeñísimo abono a la gran deuda que tengo con tu patria" (*).

(*) Las anteriores palabras fueron dichas en el homenaje que se rindió a Luis Durand en la Universidad de Chile.